

*Enterrad mi corazón
en Wounded Knee*

DEE BROWN

T

TURNER NOEMA



*Enterrad mi corazón
en Wounded Knee*

Historia india del Oeste americano

DEE BROWN

TRADUCCIÓN DE CARLOS SÁNCHEZ RODRIGO

COLECCIÓN NOEMA



Título original: *Bury my Heart at Wounded Knee*

Primera edición en inglés: 1970

Primera edición en español: 1971

Copyright © 1970 Dee Brown

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2012

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

© De la traducción: © Carlos Sánchez Rodrigo. Cedita por Ediciones B, S.A., Barcelona, España.

De la traducción del prefacio © Turner Publicaciones S.L.

Mapa: Javier Belloso

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

Young-Man-Afraid-of-his-Horses fotografiado junto a su tipi en 1891

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones: turner@turnerlibros.com

ISBN EPUB: 978-84-15427-46-9

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

A Nicolas Brave Wolf

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Prefacio

Prólogo

Cita

Mapa

I De maneras decorosas y encomiables

II La larga marcha de los navajos

III La guerra de Pequeña Corneja

IV La guerra llega a los cheyenes

V Invasión del río Powder

VI La guerra de Nube Roja

VII “El único indio bueno es el indio muerto”

VIII Ascenso y caída de Donehogawa

IX Cochise y las guerrillas apaches

X La tragedia de Captain Jack

XI La guerra por el búfalo

XII La lucha por las Colinas Negras

XIII La huida de los nez percés

XIV El éxodo cheyene

XV Oso Erguido se hace persona

XVI “¡Los utes deben irse!”

XVII El último jefe apache

XVIII La danza de los espíritus

XIX Wounded Knee
Bibliografía

PREFACIO

Cuenta una vieja tradición que el intervalo medio entre el nacimiento de los padres y la llegada de su primer hijo es de 30 años. A eso llamamos generación. Hace treinta años, a principios de 1970, nació este libro. Así que ahora entra en su nueva generación.

Conforme termina la primera, resulta casi un cliché decir que ha habido enormes cambios durante el tiempo transcurrido. Y sin embargo es cierto: los descendientes de los viejos profetas tribales cuyas historias cuenta este libro han vivido importantes transformaciones.

Durante la pasada generación, algunas reservas indias han prosperado; otras no. Hoy en día hay —y seguramente así será siempre— desacuerdos entre las tribus respecto a qué dirección deberían tomar sus gentes. A pesar de las numerosas frustraciones personales y dificultades que experimentan los jóvenes en busca de la verdad, ya no resulta extraño conocer a indios americanos que son abogados, médicos, profesores de universidad, informáticos, artistas, escritores o profesionales de cualquier otro ámbito. Sin embargo, en algunas reservas todavía son escasos los lugares dignos donde vivir. Y la región de los Estados Unidos donde la pobreza es mayor sigue siendo una reserva india.

A juzgar por las cartas que he recibido a lo largo de estos años, los lectores que han dado vida a este libro proceden del casi centenar de grupos étnicos que componen ese lugar único y asombroso que es Norteamérica. Aunque, comparativamente, el número de indios americanos es pequeño, casi la totalidad de la población norteamericana siente una fascinación genuina por su historia, sus artes y su literatura, su forma de vivir la naturaleza y su filosofía vital.

Este amplio interés traspasa las fronteras del continente y llega a otros pueblos y otras culturas. Si pensamos en cualquier nación, por pequeña que sea, cuyas personas posean un pasado de injusticias y opresión, encontraremos que este libro ha sido publicado allí.

Rara vez llegamos a conocer el verdadero poder de la palabra, ya sea hablada o escrita. Mi esperanza es que el tiempo no haya debilitado las

palabras que vienen a continuación y que sigan siendo, para generaciones futuras, tan verdaderas y directas como quise que fueran cuando las escribí.

DEE BROWN, 2000

PRÓLOGO

Desde las exploraciones de Lewis y Clark en la costa del Pacífico, a principios del siglo XIX, el número de relatos publicados que describen la “apertura” del Oeste americano se cuenta por millares. Y la mayor cantidad de información y observaciones corresponde al período de 30 años que media entre 1860 y 1890, precisamente el considerado en este libro. Fue una época de increíble violencia, codicia, audacia, riqueza de sentimientos y exuberancia en todos los aspectos, caracterizada, además, por una actitud casi reverencial por el concepto de la libertad del individuo por parte de aquellos que ya la poseían.

Durante esta época fueron destruidas la cultura y la civilización del indio americano, y en ella nacieron virtualmente los grandes mitos del Oeste: las narraciones de cazadores de pieles, montañeros, pilotos de barcos fluviales, buscadores de oro, jugadores, pistoleros, soldados de caballería, vaqueros, cortesanas, misioneros, maestras de escuela y colonos. Sólo en ocasiones llegó a oírse la voz de un indio y entonces, casi sin excepción, tal como fue registrada por la pluma de un blanco. El indio constituía la negra amenaza de todos esos mitos y, de haberse dado el caso de que, efectivamente, hubiera sido capaz de escribir en inglés, ¿dónde habría encontrado un editor para su obra?

Sin embargo, no todas esas voces indias del pasado se han perdido. Algunas descripciones auténticas de la historia del Oeste americano fueron registradas por los indios, bien por medio de pictogramas o bien vertidas al inglés, recogidas en oscuros panfletos, periódicos de provincias o libros de escasa circulación. A finales del siglo XIX, cuando la curiosidad del blanco por el destino de los últimos supervivientes indios de las guerras pasadas llegó a un máximo, resueltos periodistas e historiadores lograron entrevistar a algunos guerreros y jefes, brindándoles así la ocasión de hacer públicas, al fin, sus opiniones. La calidad de estas entrevistas era, sin embargo, muy variable, pues dependía en gran parte de la valía del intérprete y de la inclinación circunstancial del indio a expresarse libremente. Algunos no lograron alejar de sí el temor a las posibles represalias; otros se complacieron

en suministrar a sus interlocutores historias coloristas, producto de su desatada inventiva. Las declaraciones hechas por los indios, pues, a la prensa contemporánea deben ser leídas con una prudente dosis de escepticismo, lo que no impide que algunas sean verdaderas piezas magistrales de fina ironía y otras contengan bellísimos pasajes de furia poética.

Entre las fuentes más ricas de declaraciones personales hechas por los indios se cuentan los textos de los tratados y consejos y demás reuniones formales con los funcionarios militares y civiles de los Estados Unidos. El nuevo sistema estenográfico de Isaac Pitman gozaba de creciente popularidad hacia la segunda mitad del siglo XIX y, cuando los indios hablaban en consejo, un estenógrafo tomaba asiento, indefectiblemente, junto al intérprete oficial.

Incluso cuando estas reuniones se celebraban en partes remotas de la geografía norteamericana, no faltaba por lo general quien fuera capaz de registrar lo expuesto y, dada la lentitud habitual de las traducciones, no hacía falta, la mayoría de las veces, recurrir a abreviación alguna. Los mismos intérpretes eran con frecuencia mestizos que, si bien conocían los idiomas respectivos en forma hablada, rara vez sabían leer o escribir. Como ocurre a menudo en las comunicaciones estrictamente orales, tanto ellos como los indios dependían de una variopinta imaginería para dar expresión a sus pensamientos, de manera que las versiones inglesas abundaban en símiles y metáforas extraídos de la naturaleza. Si un indio elocuente contaba con un intérprete pobre, sus palabras podían verse convertidas en la prosa más anodina, pero no era menos cierto que un buen intérprete podía hacer que un orador mediocre sonara lleno de poesía.

La mayoría de los caudillos indios hablaban cándida y libremente en los consejos; pero, cuando al correr de los años fueron haciéndose más refinados, fue raro que exigieran el derecho de elegir sus propios intérpretes y notarios. En este último período todos los miembros de la tribu gozaban de igual libertad de expresión, y algunos de los más ancianos hicieron uso de estas ocasiones para recordar detalles de sus años jóvenes, ofreciendo interesantísimas recapitulaciones de la historia de su pueblo. Aunque los indios que vivieron esa negra hora de su historia han muerto hace mucho tiempo, su voz permanece registrada en millones de palabras conservadas en los archivos oficiales. Muchas de ellas han visto incluso la luz en documentos históricos publicados por el gobierno.

De estas fuentes de historia oral casi perdida he tratado de extraer una narración acerca de la conquista del Oeste americano, según fue vivida por sus víctimas y valiéndome de sus propias palabras en lo posible. Los lectores norteamericanos que han dirigido su mirada al Oeste, al leer acerca de este período, deben proceder a la inversa al seguir el texto presente.

No es un libro alegre, pero la historia conoce vericuetos para llegar al presente y, quizá, quienes lo lean se harán una idea más clara acerca de cómo es el indio norteamericano, al saber cómo fue en tiempos pasados. Es posible que se sorprendan al oír palabras justas y razonables en boca de indios, que en el mito norteamericano aparecen estereotipados como salvajes despiadados. Acaso les quepa también aprender algo acerca de su propia relación con la madre tierra, de un pueblo dedicado enteramente a su preservación y cuidado. Los indios sabían que la vida dependía de la tierra y de sus recursos, que América era un paraíso, y no podían comprender por qué los intrusos del Este parecían resueltos a destruir todo lo que siendo indio era también americano.

Y si algún lector llega a tener ocasión de contemplar la pobreza, la desesperanza y la sordidez de una reserva india moderna, puede que le sea posible comprender verdaderamente las razones.

DEE BROWN

Urbana, Illinois. Abril, 1970.

Yo no estaré allí. Me alzaré y pasaré.
Enterrad mi corazón en Wounded Knee.

STEPHEN VINCENT BENÉT

DE MANERAS DECOROSAS Y ENCOMIABLES

¿Dónde están hoy los pequots? ¿Dónde los narragansetts, los mohicanos, los pokanokets, y otras, un día poderosas tribus de nuestro pueblo? ¿Han desaparecido bajo la avaricia y la opresión del hombre blanco, como la nieve bajo el sol estival? ¿Vamos a permitir, a nuestra vez, que se nos destruya sin lucha? ¿Renunciaremos a nuestros hogares, a nuestro país, don del Gran Espíritu, a las tumbas de nuestros muertos y a lo que nos es querido y sagrado? Sé que gritaréis conmigo: “¡Nunca, nunca!”.

TECUMSEH de los shonis

Todo empezó con Cristóbal Colón, quien les dio el nombre de *indios*. Aquellos europeos, los hombres blancos, hablaban dialectos diferentes, y algunos decían *indien*, como otros *indianer* o indios. Lo de *peaux-rouges* o pieles rojas vino más tarde. Como de costumbre, al recibir visitantes, los taínos de la isla de San Salvador ofrecieron regalos a Colón y a sus hombres, y además fueron objeto de toda suerte de honores. “Tan tratables, tan pacíficos son –escribía Colón a los Reyes Católicos–, que juro a Vuestras Majestades que no hay en el mundo mejor nación. Aman a su vecino como a sí mismos, y su habla, iluminada por una permanente sonrisa, es dulce y cariñosa; y si bien es verdad que andan desnudos, sus maneras, no obstante, son decorosas y encomiables.”

Todo esto, naturalmente, fue interpretado como signo de debilidad, cuando no de paganismo; y Colón, con su moral europea, estaba convencido de que aquellas gentes “debían ser puestas a trabajar, a sembrar y, en fin, llevadas a hacer todo lo necesario para que adoptaran nuestras costumbres”. Durante los cuatro siglos siguientes (1492-1890), varios millones de

Europeos y sus descendientes tomaron para sí la empresa de imponer sus maneras a aquellas personas del Nuevo Mundo.

Colón tomó diez de sus amables huéspedes y partió con ellos para España, donde se los podría adiestrar en el quehacer propio del blanco. Uno de ellos murió al poco tiempo de llegar, pero no antes de que el bautismo lo hiciera cristiano. Y tan felices se sintieron los españoles de que por su mediación hubiera sido posible la entrada del primer indio en el reino de los cielos, que no dejaron pasar mucho tiempo sin que fuera conocida la noticia en todas las Indias Occidentales.

Los taínos y otros pueblos arahuacos no se resistieron a la conversión impuesta por los europeos, pero sí al hecho de que aquellos barbudos extranjeros empezaran muy pronto a batir sus tierras e islas en busca de oro y de piedras preciosas.

Las comunicaciones entre las tribus del Nuevo Mundo eran lentas y las noticias sobre las barbaridades de los europeos rara vez se adelantaban a la rápida expansión de sus conquistas y asentamientos. Sin embargo, mucho antes de que aparecieran por Virginia los primeros hombres blancos de habla inglesa, en 1607, habían llegado ya a los powhatans rumores acerca de las técnicas de civilización empleadas por los españoles. Los ingleses se valieron de métodos más sutiles. Para asegurarse la paz, por lo menos durante el tiempo suficiente para consolidar su asentamiento en Jamestown, pusieron una corona dorada sobre la cabeza de Wahunsonacook, a quien dieron el nombre de rey Powhatan, y lo convencieron de que debía hacer que su gente trabajara para suministrar alimentos a los nuevos colonos. Wahunsonacook vaciló un tiempo entre la lealtad que debía a sus rebeldes súbditos y el acatamiento a las consignas de los ingleses, pero cuando su hija Pocahontas se casó con John Rolfe, parece que decidió que era inglés antes que indio. A su muerte, los powhatans se levantaron en un intento de devolver a los ingleses al mar del que habían venido; menospreciaron, sin embargo, el poder de las armas de aquellos y, de 8.000, los powhatans se vieron reducidos a un millar escaso.

En Massachusetts la historia comenzó de manera algo diferente, pero el final fue virtualmente idéntico al de Virginia. Desde la llegada de los ingleses a Plymouth, en 1620, a la mayoría de ellos no les habría aguantado otra cosa que la muerte por hambre, de no mediar la amistosa ayuda de los nativos del Nuevo Mundo. Un pemaquid llamado Samoset y tres wampanoags, que

respondían a los nombres de Massasoit, Squanto y Hobomah, asumieron con espontaneidad la tarea de tratar con los recién llegados en nombre de su pueblo. Los tres hablaban inglés, que habían aprendido de los exploradores ocasionalmente llegados años antes. Squanto había sido raptado por un marinero inglés, que lo vendió como esclavo en España, de donde más tarde logró huir por mediación de un compatriota de su primer agresor, para regresar de nuevo a su país de origen. Tanto él como los demás nativos acogieron a los peregrinos como a niños desvalidos; con ellos compartieron el grano de las reservas tribales, les enseñaron a pescar y lograron que superaran su primer invierno. A la llegada de la primavera les proporcionaron semilla y cuidaron de que ésta fuera plantada y cultivada en la forma debida.

Durante varios años, estos ingleses y sus vecinos indios vivieron en paz. Pero los barcos que transportaban más y más hombres blancos se sucedían. El chasquido metálico de las hachas y el retumbar de los árboles abatidos levantaban ecos a todo lo largo de las costas de lo que el blanco llamaba ahora Nueva Inglaterra. Los asentamientos humanos se amontonaban, y en 1625 algunos de los colonos solicitaron a Samoset la cesión de 4.800 hectáreas más de tierra pemaquid. Samoset sabía que la tierra provenía del Gran Espíritu, que era infinita como los cielos y que no pertenecía a los hombres. Sin embargo, para complacer a aquellos extraños en sus no menos insólitas costumbres, convino en participar en una ceremonia, durante la cual puso su marca para aquéllos sobre un papel. Se consumaba así la primera cesión de tierra india a los colonos ingleses.

En su gran mayoría, los nuevos colonos no se preocuparon por observar formalismo alguno. Cuando en 1662 murió Massasoit, gran jefe de los wampanoags, sus súbditos fueron inexorablemente empujados selva adentro. Su hijo Metacom previó la catástrofe para todos los indios, a menos que éstos se unieran para resistir a los invasores. Y aunque aquellos “nuevos ingleses” se cuidaron de halagarlo y lo coronaron como rey Felipe de Pokanoket, él no dejó de dedicar la mayor parte de su actividad y tiempo a concertar alianzas con los narragansetts y demás tribus de la región.

En 1675, tras una serie de insultantes hechos por parte de los colonos, el rey Felipe llevó su confederación india a la guerra, para salvar a sus tribus de la extinción. Los indios atacaron 52 asentamientos y destruyeron por

completo 12 de ellos; sin embargo, al cabo de muchos meses de campaña, las armas de fuego de los colonos habían exterminado virtualmente a todos los wampanoags y narragansetts. El rey Felipe murió y su cabeza fue expuesta públicamente en Plymouth durante 20 años. Su mujer y su hijo, junto con otras mujeres y niños capturados, fueron vendidos como esclavos en las Indias Occidentales (Antillas).

Cuando los holandeses llegaron a la isla de Manhattan, Peter Minuit se hizo con ella a cambio de anzuelos para pescar y cuentas de cristal por valor de 60 florines, si bien animó a los indios a que se quedaran allí para poder continuar el canje de sus valiosas pieles por abalorios. En 1641, Willem Kieft sometió a tributo a los mohicanos y envió soldados a Staten Island para castigar a los raritanos por supuestas ofensas que, en realidad, habían sido cometidas por colonos blancos. Los raritanos se resistieron y los soldados mataron a cuatro de ellos. En represalia, los indios hicieron otro tanto con igual número de holandeses, razón por la cual Kieft ordenó el exterminio total de los poblados durante la noche, mientras sus habitantes dormían. Los soldados holandeses acuchillaron a hombres, mujeres y niños, despedazaron sus cuerpos exánimes y prendieron fuego a todas las chozas.

Durante los dos siglos siguientes, estas escenas se sucedieron a medida que los colonos avanzaban hacia el interior, a través de los pasos que franqueaban los montes Alleghenies y corriente abajo de los ríos tributarios de las “Grandes Aguas” (Mississippi) y subsidiarios del “Gran Fangoso” (Missouri).

Las Cinco Naciones de los iroqueses, las tribus más poderosas y civilizadas entre las orientales, trataron en vano de conseguir la paz. Tras años de incesante derramamiento de sangre para salvar su independencia política, sucumbieron como las demás a la derrota. Algunas se dispersaron por Canadá, otras huyeron hacia el oeste; las demás se resignaron a vivir confinadas en las reservas.

Durante la década de 1760, Pontiac, de los ottawas, trató de reunir a las tribus dispersas para hacer, en un intento desesperado, que los británicos desandaran su camino y cruzaran los Alleghenies en sentido inverso. El empeño fue en vano y su mayor error consistió en haber confiado en la palabra de los blancos francófonos, que lo abandonaron en el crucial sitio de Detroit pese a sus renovadas promesas de ayuda.

Una generación más tarde, Tecumseh, de los shonis, logró formar una gran confederación de tribus del sur y medio oeste del país para proteger a sus tierras de todo intento de invasión. Su sueño murió con él durante una de las batallas de la célebre guerra de 1812.

Los miamis, a su vez, presentaron desde 1795 hasta 1840 batalla tras batalla; de este modo debieron firmar más y más tratados y ceder sus tierras del rico valle del Ohio, hasta que gradualmente se vieron desposeídos de todos sus bienes.

Cuando los colonos blancos empezaron a irrumpir en las tierras de Illinois, después de la guerra de 1812, su penetración empujó a los sauks y a los poxes más allá del Mississippi. Con todo, uno de los jefes de segunda fila, Halcón Negro (Black Hawk), rehusó retroceder, y formando una alianza con los winnebagos, pottowatomies y kickapoos, declaró la guerra contra el invasor blanco. Una banda de winnebagos, que aceptó la oferta de 20 caballos y 100 dólares hecha por uno de los jefes blancos, traicionó a Halcón Negro, que fue capturado en 1832 y llevado al este para su confinamiento y para satisfacción de la morbosa curiosidad de la gente. A su muerte, acaecida en 1838, el gobernador del recién creado territorio de Iowa obtuvo su esqueleto y lo instaló en su oficina a la vista del público.

En 1829, Andrew Jackson, llamado Cuchillo Acerado (Sharp Knife) por los indios, accedió a la presidencia de Estados Unidos. Durante su gestión castrense en la frontera, Cuchillo Acerado y sus hombres habían dado muerte a miles de cherokees, chickasaws, choctaws, creeks y seminolas, pero estas tribus sureñas eran tenaces y se mantenían aferradas a sus tierras, por lo demás asignadas a ellos por diversos tratados acordados con los blancos. El primer mensaje de Cuchillo Acerado a los miembros del Congreso contenía la recomendación de trasladar cuanto antes a todos aquellos indios, en dirección oeste, mucho más allá de las márgenes del Mississippi. “Apunto la conveniencia de disponer un amplio distrito al oeste del Mississippi [...] para usufructo de las tribus indias en tanto lo ocupen.”

Aunque la puesta en práctica de esta ley sólo significaba añadir un eslabón más a la larga cadena de promesas hechas a los indios del este, y luego rotas sin más contemplaciones, Cuchillo Acerado estaba convencido de que blancos e indios jamás podrían convivir en paz y de que su plan haría posible establecer una promesa real, que no tenía por qué verse traicionada. El 28 de mayo de 1830 la moción de Cuchillo Acerado se convirtió en ley.

Dos años más tarde nombró un delegado de Asuntos Indios, agregado al Departamento de Guerra, con la tarea expresa de cuidar de que la nueva ley fuera acatada. Consiguientemente, el 30 de junio de 1834 el Congreso aprobó un “Acta reguladora del comercio y trato con las tribus indias y preservadora de la paz en la frontera” (*Act to Regulate Trade and Intercourse with the Indian Tribes and to Preserve Peace on the Frontiers*). Todos los territorios de los Estados Unidos situados al oeste del Mississippi “y fuera de los estados de Missouri y Louisiana, o del territorio de Arkansas” constituían la nación india. Ningún blanco podría comerciar en territorio indio sin estar provisto de la adecuada licencia. Ningún comerciante de reconocido mal carácter podría residir en territorio indio, y a ninguna persona blanca, en general, le sería permitido establecerse en él. Las fuerzas militares de los Estados Unidos velarían por el cumplimiento de lo dispuesto y aprehenderían inmediatamente a todo infractor.

Sin embargo, antes de que estas disposiciones fueran aplicadas *de facto*, una nueva oleada de colonos había irrumpido hacia el oeste y formado los territorios de Wisconsin y Iowa. El hecho hizo que los políticos de Washington se vieran obligados a trasladar la “frontera india permanente” desde el río Mississippi hasta el meridiano 95. (Esta línea discurría desde Lake of the Woods, donde se encuentra ahora la frontera Minnesota-Canadá, y Louisiana, hasta la bahía de Galveston, en Texas.) Para mantener a los indios más allá del meridiano 95 y evitar al mismo tiempo que los blancos lo traspasaran sin autorización, se decidió el acuartelamiento de soldados en una cadena de puestos militares que discurrían en dirección sur, desde Fort Snelling, en el río Mississippi, hasta los fuertes Atkinson y Leavenworth, en el Missouri; Gibson y Smith, en el Arkansas; Towson, en el Rojo, y Jesup, en Louisiana.

Más de tres siglos habían transcurrido ya desde que Cristóbal Colón llegara a las playas de San Salvador, y más de dos desde que lo hicieran los ingleses a Virginia y Nueva Inglaterra. Para entonces, los amistosos taínos que le dieron la bienvenida a Colón ya habían sido enteramente exterminados. Mucho antes de la muerte del último de ellos había desaparecido su sencilla cultura artesana y agrícola, reemplazada por vastas plantaciones de algodón atendidas por esclavos. Los colonos blancos asolaron los bosques tropicales para extender sus cultivos, los algodones agotaban la tierra, los vientos, imposibles de contener por ninguna muralla

vegetal, cubrían los campos de arena. Cuando Colón contempló la isla por primera vez, la describió como “muy grande, llana y verde por los infinitos árboles [...]; tan verde que causa placer contemplarla”. Los europeos que le sucedieron destruyeron la vegetación y la fauna –humana y animal– y, tras convertirla en un páramo, la abandonaron.

Del continente americano ya habían desaparecido los wampanoags de Massasoit y el rey Felipe, también los chesapeake, los chickahominys y los potomacs de la gran Confederación Powhatan. (Sólo Pocahontas era aún recordada.) Dispersos o reducidos a tristes residuos estaban los pequots, montauks, naticokes, machapungas, catawbas, cheraws, miamis, hurones, eries, mohawks, senecas y mohicanos (vivía aún el recuerdo de Uncas). Sus musicales nombres permanecieron fijados para siempre en la tierra americana, que acogió también sus huesos olvidados en millares de poblados incendiados y entre los restos de bosques, cuya desaparición progresaba aceleradamente bajo las hachas de 20.000.000 de invasores. Las corrientes frescas, y un día potables, que en su mayoría llevaban airosos nombres indios, aparecían ya fangosas y corrompidas por los desechos de los hombres blancos; la tierra era maltratada y arrasada. A los indios les parecía que esos europeos sentían un odio irreprimible por todo lo natural, los bosques llenos de vida, con sus aves y bestias, los herbosos remansos, el agua, la tierra y el aire mismo.

La década siguiente al establecimiento de la “frontera india permanente” trajo malas consecuencias para las tribus orientales. La gran nación cherokee había sobrevivido a más de cien años de lucha con el hombre blanco, de enfermedades, de whisky; ahora, sin embargo, se acercaba su fin. Dado que el número de cherokees se cifraba en varios millares, su traslado al oeste se había planeado por etapas, pero el descubrimiento de oro en sus territorios, los Apalaches, hizo que se exigiera su expulsión total e inmediata. Durante el otoño de 1838, los soldados del general Winfield Scott concentraron a todos los indios en campos dispuestos al efecto. (Unos pocos centenares huyeron a las Smoky Mountains y, muchos años más tarde, les fue dada una pequeña reserva en Carolina del Norte.) Desde estos campos de confinamiento empezó a conducírselos al oeste de la Gran Reserva o Indian Territory. Uno de cada cuatro cherokees murió de frío, hambre o enfermedad durante este éxodo invernal, que pasó a ser conocido entre ellos

como la “senda de las lágrimas”. Los choctaws, chickasaws, creeks y seminolas abandonaron también sus tierras del sur. En el norte, los restos supervivientes de los shonis, miamis, ottawas, hurones, delawares, y de muchas otras tribus otrora poderosas, recorrían cansinos el camino que los llevaba mucho más allá del Mississippi, a pie, a caballo, o en carromato, con sus desvencijados bienes, aperos enmohecidos y sacos casi desfondados donde se perdían unas miserables semillas de maíz. Todos llegaron como refugiados, personificando la viva imagen del pariente pobre en el país de los orgullosos y libres indios de las llanuras.

Cuando los refugiados apenas se habían instalado tras la seguridad de la “frontera india permanente”, los soldados empezaron a marchar hacia el oeste a través de su territorio. Los hombres blancos de los Estados Unidos – que hablaban demasiado de paz y rara vez parecían practicarla– se dirigían a la guerra contra otros blancos, aquellos que habían vencido a los indios de México. Terminada la guerra con México en 1847, Estados Unidos tomó posesión de una vasta porción de territorios que se extendía desde Texas hasta California. Toda la zona, sin excepción, se encontraba al oeste de la “frontera india permanente”.

En 1848 se descubrió oro en California. En pocos meses eran millares los ávidos buscadores de fortuna que atravesaban el territorio indio. No era rara la presencia ocasional de algún buhonero, trampero o misionero a lo largo de las rutas de Oregón y Santa Fe, y los indios que cazaban o vivían en aquellos parajes se habían acostumbrado ya a esta fugaz compañía. Pero, de repente, sendas y caminos se poblaron de carromatos, y éstos iban atestados de gente blanca. La mayoría iba en busca del oro de California; otros, sin embargo, giraban hacia el suroeste, en dirección a México, o hacia el noroeste con destino al territorio de Oregón.

Para justificar estas transgresiones de la “frontera india permanente”, los políticos de Washington inventaron lo del Destino Manifiesto (Manifest Destiny), concepto y término que elevaron la avidez de tierra a extremos desorbitados. Los europeos y sus descendientes debían, siguiendo su destino, dominar América. Constituían la raza dominante y ello los hacía, por consiguiente, responsables tanto de los indios como de sus tierras, bosques y riquezas minerales. Sólo los habitantes de Nueva Inglaterra, que

habían exterminado ya o expulsado a todos sus indios, se pronunciaron en contra del Destino Manifiesto.

En 1850, aunque ninguno de los modocs, mojaves, piutes, shastas, yumas, ni el centenar o más de pequeñas tribus menos conocidas que se sucedían a lo largo de la costa del Pacífico fueron objeto de consulta alguna, California se convirtió en el trigésimo quinto estado de la Unión. Más oro fue descubierto en las montañas de Colorado y más fueron las hordas de buscadores que irrumpieron en la pradera. Dos nuevos territorios de enorme extensión adquirieron carta de naturaleza, Kansas y Nebraska, que ocupaban virtualmente la totalidad del país habitado por las tribus de las llanuras. En 1858, Minnesota se convirtió en estado y sus límites se extendieron hasta unos 160 kilómetros más allá del meridiano 95, la “frontera india permanente”.

Así, sólo un cuarto de siglo después de que entrara en vigor la ley de Cuchillo Acerado “Reguladora del comercio y trato con los indios”, los colonos blancos habían traspasado por ambos flancos, norte y sur, los límites del meridiano 95, mientras avanzadillas de mineros y mercaderes habían hecho otro tanto por el centro.

Entonces, a principios de la década de 1860, los hombres blancos de los Estados Unidos entraron en guerra, unos con otros, chaquetas azules contra chaquetas grises: la Guerra de Secesión. Para entonces se elevaba probablemente a 300.000 el número de indios existentes en los Estados Unidos y sus territorios, la mayoría pobladores de las tierras que quedaban al oeste del Mississippi. De acuerdo con varias estimaciones, su número se había reducido a la mitad o en dos terceras partes desde la llegada de los primeros colonos a Virginia y Nueva Inglaterra. Los supervivientes se veían ahora aprisionados entre poblaciones blancas, progresivamente crecientes tanto en el este como en las costas occidentales del Pacífico; más de 30.000.000 sumaban ya los europeos y sus descendientes. Si las tribus que habían logrado sobrevivir creían que la guerra civil de los blancos levantaría parte del opresivo asedio que sufrían sus territorios, la realidad no tardó en desengañarlos.

La tribu occidental más poderosa y nutrida era la de los sioux o dakotas, subdividida a su vez en varias facciones. Los sioux santees vivían en los bosques de Minnesota, de donde se habían retirado gradualmente en el

curso de los últimos años, ante el avance de los colonos. Tras haber sido llevado de visita por varias ciudades del este, Pequeña Corneja (Little Crow) de los mdewkanton santees, estaba convencido de que el poder de los Estados Unidos era irresistible. Aunque a disgusto, pues trataba de contemporizar con los deseos del hombre blanco, Wabasha, otro jefe santee, había aceptado también lo inevitable; pero uno y otro estaban decididos a oponerse a cualquier nuevo expolio.

Más al oeste, en las Grandes Llanuras, estaban los sioux tetons, que contaban con caballos, eran totalmente libres y no dejaban de menospreciar un tanto a sus primos forestales santees, que habían capitulado ante el blanco. Los más numerosos y más confiados en su capacidad para defender su territorio eran, dentro de esta facción, los que formaban el grupo oglala. Al comienzo de la guerra civil del hombre blanco, su jefe más sobresaliente era Nube Roja (Red Cloud), astuto guerrero que en aquel entonces contaba con treinta y ocho años. Demasiado joven aún para ser considerado guerrero era Caballo Loco (Crazy Horse), un inteligente y osado adolescente oglala.

Entre los hunkpapas, una división más pequeña de los sioux tetons, un joven de aproximadamente veinticinco años se había ganado ya una merecida reputación como cazador y guerrero. En los consejos tribales abogaba siempre por una irreductible oposición a todo nuevo amago de expolio por parte del hombre blanco. Su nombre era Tatanka Yotanka, Toro Sentado (Sitting Bull). A su cargo estaba un huérfano llamado Gall, quien, 16 años más tarde, en 1876, haría historia junto a Caballo Loco de los oglalas.

Aunque no había cumplido aún los cuarenta, Cola Moteada (Spotted Tail) era ya el principal portavoz de los tetons brulés, que poblaban las llanuras más remotas del Lejano Oeste. Era un indio risueño y apuesto a quien gustaban las fiestas y las mujeres sumisas. Le agradaban su forma de vida y la tierra que le daba marco, pero estaba dispuesto a llegar a un compromiso con tal de evitar la guerra.

Estrechamente relacionados con los sioux tetons se encontraban los cheyenes. Años atrás éstos habían vivido en las tierras de los sioux santees, en el territorio de Minnesota, pero se habían desplazado de manera gradual hacia el oeste, al tiempo que adquirían caballos. Ahora, los cheyenes del norte acampaban junto al Powder River, en el territorio Bighorn,

frecuentemente a la vista de las tiendas de los sioux. A sus cuarenta y tantos años, Cuchillo Embotado (Dull Knife) era uno de los jefes más sobresalientes de la rama norteña de la tribu. (Para los suyos, Cuchillo Embotado era Lucero del Alba [Morning Star], pero los sioux le aplicaban el primer nombre, que es usado asimismo en la mayoría de los relatos contemporáneos.)

Los cheyenes del sur se habían dispersado más allá del río Platte y establecieron pequeñas colonias en las llanuras de Colorado y Kansas. Cazo Negro (Black Kettle), de la rama sureña, había sido un gran guerrero en su juventud. Ahora, en plena madurez, seguía siendo el jefe reconocido, aunque los hombres más jóvenes y los hotamitanios (soldados perro) preferían jefes de su misma generación, como Toro Alto (Tall Bull) y Nariz Romana (Roman Nose), en la plenitud de sus fuerzas.

Los arapajos eran antiguos aliados de los cheyenes y ocupaban la misma zona. Algunos permanecieron con la rama norteña, otros siguieron a las colonias del sur. Tenía poco más de cuarenta años y Pequeño Cuervo (Little Raven) era, por entonces, el jefe más conocido.

Al sur de las praderas de búfalos de Kansas-Nebraska se encontraban los kiowas. Los más viejos entre ellos recordaban aún las Colinas Negras de su infancia, pero la tribu había sido empujada hacia el sur por las acometidas combinadas de los sioux, cheyenes y arapajos. Hacia 1860, los kiowas habían hecho la paz con las tribus de las llanuras del norte y se habían aliado, además, con los comanches, cuyas tierras meridionales compartían. Entre los kiowas se encontraban varios jefes famosos: Satank, quien entraba ya en la senectud; dos jóvenes vigorosos y aguerridos de treinta y tantos años, Satanta y Lobo Solitario (Lone Wolf), y un gran negociador y estadista, Ave Coceadora (Kicking Bird).

Los comanches, siempre en movimiento y divididos en numerosas bandas pequeñas, carecían de una jerarquía como la de sus aliados. El anciano Diez Osos (Ten Bears) era más poeta que guerrero. En 1860, el mestizo Quannah Parker, que conduciría a los comanches en su último esfuerzo por salvar sus praderas de búfalos, no había cumplido aún veinte años.

En el árido suroeste se encontraban los apaches, veteranos que arrastraban 250 años de continua guerrilla contra los españoles, que jamás lograron someterlos. Aunque escasos en número –probablemente pasaban de 6.000 y estaban divididos en varias bandas–, su reputación como defensores tenaces

de aquellas tierras áridas y desoladas ya estaba más que bien establecida. Mangas Colorado, su jefe, de casi setenta años de edad, había firmado un tratado de paz con los Estados Unidos, aunque para entonces no pudiera ya reprimir su creciente desilusión ante la ininterrumpida invasión de mineros y soldados. Cochise, su yerno, creía aún poder entenderse con los americanos blancos. Victorio y Delshay, por su parte, desconfiaban de los intrusos blancos y procuraban mantenerse alejados de ellos. Nana, a sus sesenta y tantos años, pero duro y correoso como la piel curtida, no veía diferencia alguna entre los blancos angloparlantes y los hispanoparlantes mexicanos a los que habían combatido toda su vida. Jerónimo, de poco más de veinte años, no era conocido aún.

Los navajos, parientes lejanos de los apaches, habían decidido adoptar algunas costumbres de los españoles y, así, criaban ovejas y cabras y cultivaban grano y frutas. Como ganaderos y tejedores, algunas bandas de la tribu habían alcanzado cierta fortuna. Otros continuaban siendo nómadas y seguían con sus esporádicos asaltos contra sus viejos enemigos, los pueblos, contra los colonos blancos, y hasta contra los miembros más afortunados de su misma tribu. Manuelito, fornido ganadero de poblados mostachos, había sido elegido jefe de la tribu durante una reunión realizada al efecto en 1855. En 1859, después de que una banda de navajos vagabundos atacara a unos ciudadanos estadounidenses en su territorio, el ejército aplicó severas represalias, aunque no contra los culpables de la fechoría, sino indiscriminadamente, pues destruyeron los corrales y dieron muerte a las reses pertenecientes a Manuelito y a los miembros de su banda. Para 1860, Manuelito y algunos de sus seguidores navajos estaban empeñados en una guerra no declarada contra los Estados Unidos, en el norte de Nuevo México y Arizona.

En las Montañas Rocosas, al norte del territorio ocupado por los navajos y los apaches, la agresiva tribu montañesa de los utes infligía duros golpes a sus vecinos más pacíficos del sur. Ouray, su jefe más conocido, favorecía las relaciones con los blancos y llegó al extremo de alistarse con éstos en calidad de mercenario para combatir a otras tribus indias.

En el Lejano Oeste, la mayoría de las tribus eran demasiado pequeñas, débiles o dispersas, para ofrecer una resistencia seria. Los modocs del norte de California y sur de Oregón no pasaban de 1.000 y apenas lograban sostener una esporádica guerra de guerrillas para defender sus tierras.

Kintpuash, llamado Captain Jack por los colonos californianos, no era más que un adolescente en 1860; su trágica gesta como líder de su pueblo ocurriría 12 años más tarde.

Al noroeste de las tierras de los modocs, los nez percés habían vivido en paz con los blancos desde que Lewis y Clark pasaron por su territorio en 1805. En 1855, una rama de la tribu accedió a ceder una parte de sus tierras a los Estados Unidos y a vivir dentro de los límites de una vasta reserva establecida para ellos con este objeto. Otras bandas de la misma tribu estaban dispersas entre las Blue Mountains de Oregón y las Bitterroots de Idaho. Dada la enorme extensión del noroeste americano, los nez percés jamás creyeron que alguna vez dejaría de haber suficiente tierra para que blancos e indios vivieran en paz, sin interferencia de costumbres ni oposición de intereses. En el año 1877, Heinmot Tooyolaket, conocido más tarde como Jefe Joseph, debió decidir entre dos opciones fatales: guerra o paz. En 1860 no era más que el hijo de un jefe, y no tenía más de veinte años.

En el territorio de los piutes, de Nevada, un niño que en aquel entonces no contaba más que cuatro años sería con el tiempo un efímero pero poderoso jefe de los indios del oeste. Su nombre era Wowoka, y su presencia se convertiría en mesiánica para su gente.

Durante los 30 años siguientes, todos estos jefes y muchos otros harían su entrada en la historia y en la leyenda. Sus nombres llegarían a ser tan conocidos como los de los hombres que trataron de destruirlos. La mayoría, jóvenes y viejos, volverían a la madre tierra mucho antes de que tuviera lugar el fin simbólico de la libertad de su pueblo, en 1890, en Wounded Knee. Ahora, un siglo más tarde, en una edad carente de héroes, quizá sean ellos los más heroicos entre todos los americanos.

II

LA LARGA MARCHA DE LOS NAVAJOS

1860 El 21 de marzo, el Congreso de los Estados Unidos aprueba la Ley de Predesahucio (Pre-emption Bill), adjudicando la tierra libre a los colonos en los territorios del Oeste. El 3 de abril parte de Saint Joseph, Missouri, el primer Pony Express con correo para Sacramento, California, adonde llega el 13 del mismo mes; el 23, la convención nacional demócrata que se celebra en Charleston, Carolina del Sur, revela las grandes discrepancias existentes en cuanto al problema de la esclavitud. La republicana, a su vez, que tiene lugar en Chicago, del 16 al 18 de mayo, nombra a Abraham Lincoln candidato a la Presidencia. En junio, la población de los Estados Unidos asciende a 31.443.321 habitantes. En julio se inventa el rifle de repetición Spencer. El 6 de noviembre, Abraham Lincoln obtiene sólo el 40% del voto popular, pero gana la presidencia. El 20 de diciembre, Carolina del Sur se separa de la Unión.

1861 El 4 de febrero se organiza el congreso confederado en Montgomery, Alabama. El 9 de febrero, Jefferson Davies es elegido presidente de los estados confederados. El 11 de febrero, Abraham Lincoln se despide de sus amigos y vecinos de Springfield, Illinois, y toma el tren para Washington. En marzo, el presidente Davies solicita 100.000 soldados para defender la confederación. El 12 de abril, los confederados abren fuego sobre Fort Sumner, que cae dos días después. El 15 de abril, el presidente Lincoln llama a las armas a 75.000 voluntarios. El 21 de julio tiene lugar la primera batalla de Bull Run; el ejército de la Unión retrocede sobre Washington. El 6 de octubre, estudiantes rusos en huelga clausuran la Universidad de San Petersburgo; el 25 del mismo mes se completa la línea de Pacific Telegraph entre St. Louis y San Francisco. El 5 de diciembre se patenta el revólver Gatling. El 14 de

diciembre, los británicos lloran la muerte de Alberto, príncipe consorte de la reina Victoria. El 30 de diciembre, los bancos estadounidenses suspenden los pagos en oro.

En tiempo de nuestros padres se oyó decir que llegaban los estadounidenses por el oeste, a través del gran río. [...] Oímos hablar de pistolas, pólvora y plomo –armas de yesca y pedernal primero, de fulminante luego; ahora, de rifles de repetición. Vimos a los estadounidenses por primera vez en Cottonwood Wash. Habíamos guerreado contra los mexicanos y los pueblos. De los primeros capturamos muchas mulas, no les faltaban. Llegaron los estadounidenses para comerciar con nosotros. A su llegada celebramos una gran fiesta y ellos bailaron con nuestras mujeres. Nosotros comerciamos también.

MANUELITO de los navajos

Manuelito y otros jefes navajos firmaron varios tratados con los estadounidenses. “Entonces los soldados construyeron el fuerte aquí – recordaba Manuelito–, y nos delegaron un agente, que nos aconsejó buena conducta. Nos dijo que debíamos vivir en paz con los blancos, y respetar nuestras promesas. Éstas las pusieron en un papel, para que jamás se nos olvidaran.”

Manuelito trató de no faltar a las promesas que establecía el tratado, pero cuando los soldados llegaron, quemaron sus apriscos y dieron muerte a todas las reses por algo que un grupo innominado de pendencieros navajos había perpetrado; su ira se volcó sobre los estadounidenses. Él y su banda habían sido ricos y los soldados los habían empobrecido de nuevo. Para volver a ser ricos debían reanudar sus depredaciones en las tierras de los mexicanos, más al sur, que los llamaban ladrones. Las incursiones de los mexicanos contra los navajos, con intención de apresar a sus jóvenes y convertirlos en esclavos, y las de éstos contra aquéllos, en cruenta represalia, se recordaban desde tiempo inmemorial.

Cuando los estadounidenses llegaron a Santa Fe, dieron a este territorio el nombre de Nuevo México. Allí extendieron su protección sobre los mexicanos, puesto que éstos se habían convertido en ciudadanos estadounidenses. No era el caso de los navajos, que eran indios, y cuando se produjeron sus incursiones contra los ciudadanos de nuevo cuño, la llegada de destacamentos militares de castigo no se hizo esperar. La situación no dejaba de presentarse confusa y muy desagradable para Manuelito y su gente, que sabía perfectamente que muchos mexicanos llevaban sangre india en sus venas y, sin embargo, jamás eran objeto de la persecución de los soldados cuando raptaban a los niños de los navajos.

El primer fuerte que los estadounidenses construyeron en territorio navajo estaba en un valle cubierto de hierba, a la entrada de Canyon Bonito. Su nombre era Fort Defiance y los prados que lo rodeaban se convirtieron en pastos de uso exclusivo del fuerte, con gran disgusto de Manuelito y los suyos, que los tenían en gran estima. Pero las órdenes del soldado jefe a este respecto fueron claras. La ausencia de cercados hacía que Manuelito y su gente no pudieran evitar que sus animales traspasaran en ocasiones los límites prohibidos, y así, una mañana, una compañía de soldados a caballo irrumpió decidida desde el fuerte y dio muerte a todos los animales pertenecientes a los navajos.

Para restituir sus pérdidas, los navajos cayeron sobre las manadas y convoyes de aprovisionamiento de los soldados. Éstos, a su vez, empezaron a atacar sin aviso a las bandas de navajos. En febrero de 1860, Manuelito condujo a 500 de sus guerreros a los terrenos donde pacían los caballos del fuerte, a unos pocos kilómetros al norte de Fort Defiance. Resultaron insuficientes las lanzas y flechas de los navajos contra los soldados de la bien armada guardia. Más de 30 bajas les costó la obtención de unos pocos caballos. Durante las semanas siguientes, Manuelito y su aliado Barboncito lograron reunir una fuerza de más de 1.000 hombres con la que rodearon Fort Defiance en las primeras horas de la madrugada del 30 de abril. Dos horas antes del alba, los navajos atacaron el fuerte por tres lados. Estaban decididos a borrar su presencia de la faz de la tierra.

Y casi lo lograron. Precedidos por el ensordecedor ruido de sus pocos y viejos fusiles españoles, consiguieron arrollar a los centinelas e irrumpir en algunas dependencias. Una verdadera lluvia de flechas caía sobre los soldados. Éstos, sorprendidos, salieron desordenadamente de los barracones

y, pasados los primeros momentos de confusión, cerraron filas y en orden escalonado de fuego descargaron sus poderosos mosquetes contra los invasores. Con el sol ya franco, huyeron los navajos hacia las colinas, satisfechos de haber dado, por lo menos, una dura lección a los soldados.

Sin embargo, el ejército de los Estados Unidos consideró que aquel ataque contra la bandera que ondeaba sobre la empalizada de Fort Defiance constituía un acto de guerra. A las pocas semanas, una fuerza compuesta por seis compañías a caballo y nueve de infantería, al mando del coronel Edward Richard Canby, recorría sin descanso las Chuska Mountains en busca de Manuelito y sus rebeldes. Las tropas marcharon de un lado a otro por aquel árido terreno de roca rojiza hasta casi morir de sed y reventar sus caballos. Aunque rara vez se toparon con los navajos, algunos de éstos lograban infligir ocasionales bajas a la columna, atacada de improviso por los flancos y nunca masivamente de frente. Para finales de año, ambas partes se habían cansado ya de aquel juego inútil. Los soldados eran incapaces de castigar a los navajos y éstos, a su vez, de atender a sus cultivos y ganado.

En enero de 1861, Manuelito, Barboncito, Herrero Grande, Armijo, Delgadito y otros jefes ricos convinieron en encontrarse con el coronel Canby en un nuevo fuerte que estaban construyendo los soldados a 55 kilómetros al suroeste de Fort Defiance. Esta nueva plaza había recibido el nombre de Fort Fauntleroy, en honor de un jefe militar. Después de las conversaciones con Canby, los navajos eligieron jefe supremo a Herrero Grande (21 de febrero de 1861) y acordaron que convenía a todos mantener la paz. Herrero Grande, a su vez, prometió desterrar a todos los ladrones de la tribu, y aunque Manuelito no estaba del todo convencido de que ello fuera tan fácil, unió su nombre al de Canby en el documento que se firmó. Al fin y al cabo, de nuevo floreciente ganadero, creía en las virtudes de la paz y de la honestidad.

A esta reunión de invierno en Fort Fauntleroy siguieron varios meses de amistad entre indios y soldados. Los primeros oyeron relatos de una guerra que había estallado entre los americanos blancos del norte y del sur y se dieron cuenta de que algunos de los hombres de Canby habían cambiado su guerrera azul por otra de color gris, para dirigirse seguidamente al este y unirse a los confederados en la lucha contra los chaquetas azules de la Unión. Uno de los partidos fue Jefe Águila (Eagle Chief), es decir, el coronel